

Un historiador del arte solía llamar "la Bella Desconocida" a la catedral de Palencia, porque, aunque es un ejemplo interesantísimo del gótico español, no se incluye nunca en la nómina de las grandes catedrales. Por fuera, su fábrica es fría, casi podría decirse pobre, dando la impresión de esa "glacial hosquedad" de que hablaba un viajero que la visitó, el novelista Antonio Hoyos y Vinent. Por dentro, sin embargo, la catedral tiene una grandiosidad comparable a la de las mejores de España, que el escaso interés del edificio en su aspecto exterior no hace más que acentuar a los ojos del visitante, y posee magníficas obras de arte, como el gran retablo de Felipe de Borgoña, con pinturas de Juan de Flandes, rematada por el "Calvario", de Juan de Balmaseda; la cripta visigótica y románica de San Antolín, que constituyó la primitiva iglesia, y el maravilloso trascoro, atribuido a Gil de Siloe, verdadero "bordado" en piedra y obra maestra del gótico plateresco.

No es mi intención escribir aquí una "postal" sobre las maravillas artísticas que Palencia contiene, aunque no dejaré de mencionar alguna de ellas, sino solamente sugerir que quizá ese nombre de "Bella Desconocida" que se ha aplicado a su catedral podría convenir a la ciudad y a su provincia. O tal vez fuera preferible hablar de "olvidada". A menudo se lamentan los palentinos de que Palencia y su tierra están situadas fuera de las grandes vías de comunicación. Hay otro factor que puede haber contribuido también al "olvido" de la tierra palentina, y es la proximidad —menos de cincuenta kilómetros— de la ciudad de Valladolid, que en nuestra época ha experimentado un gran crecimiento. Palencia es la "pariente pobre" de la ciudad del Pisuerga, y no es difícil encontrar allí signos ciertos de una arraigada, pero humorística, rivalidad con Valladolid. Un poeta palentino, ya muerto (aunque no en el recuerdo de sus conciudadanos, según he podido comprobar en estos días de mi estancia en Palencia), Paco Vighi, ironizaba con mucha gracia sobre lo que podríamos llamar el complejo vallisoletano de Palencia en un delicioso romance, en el que describe el curso del río Carrión. Hacia el final del poema, cuando ya el río llega a su desembocadura en el Pisuerga, Vighi escribe:

Por no ir a Valladolid
—cosas del nacionalismo—,
se suicida en el río
Pisuerga, labrador manso,
competidor y enemigo.
Nace y muere en la provincia,
¡no hay otro más palentino!
Recen por él un responso
los frailes de San Isidro.

Recientemente, Palencia ha pasado a la actualidad debido al hecho de que la empresa Fasa-Renault ha decidido instalar en el término de Villamuriel del Cerrato, a siete kilómetros de la capital, una nueva factoría de automóviles, como ampliación de la que ya posee en Valladolid. Parece ser que, si la crisis energética no recomienda el aplazamiento del proyecto, se crearán en Palencia en los próximos cuatro años unos seis mil puestos de trabajo, y se espera que acudan otras industrias a la zona. Por otra parte, se anuncia también en estos días la reapertura de las minas de carbón de Barruelo de San-

silla de pista

PALENCIA, EN VISPERAS DE CAMBIO

tullán, al Norte de la provincia. Según todas las apariencias, por tanto, Palencia registrará en los próximos años un "boom", en su escala, similar al que ha experimentado Valladolid.

En visperas de esta transformación, he visitado la ciudad provinciana, tan llena de encanto para el visitante que llega aquí cansado de la gran ciudad, como agobiante y esterilizadora puede imaginarse para la gente joven que en ella reside. He subido al Otero, el pequeño cerro en cuya cima se levanta la gigantesca estatua del Cristo, de Victorio Macho, el escultor palentino que tiene bajo este cerro su tumba. Desde lo alto del Otero se ve el gran páramo y la línea verde del Carrión, en cuya margen izquierda se extiende Palencia. La ciudad no ha cruzado el río. En la otra orilla no hay más que huertas. Desde este cerro se contempla un amplio paisaje castellano, pero uno no se hace idea de lo que es la Tierra de Campos, de lo que son los Campos Góticos, hasta que no se asoma al mirador de Autilla del Pino, un pueblo situado a seis o siete kilómetros de Palencia. Desde el alto de Autilla se contempla la inmensidad de estos "campos de tierra", con los pueblos de sonoros nombres: Torremormojón, Fuente de Nava, Frechilla, Becerril de Campos, Paredes de Nava (la villa donde nacieron Jorge Manrique y Alonso de Berruete), Husillos, Monzón de Campos. Más allá, los pueblos que contienen el mejor románico de España: Villalcázar de Sirga, Nogal de las Huertas, Carrión de los Condes, Frómista, con el recuerdo del gran escritor que fue Julio Senador Gómez, el autor de "Castilla en escombros".

Y luego, el paseo por la ciudad. La recoleta plaza Mayor, con su neoclásico edificio del Ayuntamiento. La calle Mayor, donde todavía quedan preciosas columnas antiguas sosteniendo los soportales, bajo los que pasea la gente al caer la tarde. Las construcciones nuevas que se han hecho en Palencia en estos años no han respetado el carácter de la ciudad. Son en su mayor parte bloques sin gloria, que rompen las perspectivas urbanísticas. Cerca de la catedral, junto a la iglesia llamada de la Compañía, o santuario de la Virgen de la Calle, patrona de la ciudad, incluso junto a la torre de San Miguel, la original y bellísima construcción gótica que tiene un carácter mixto, religioso y militar, y que se alza junto a la iglesia románica donde, según la tradición, se celebraron las

bodas del Cid con doña Jimena, se han construido hoy adocenados edificios de viviendas. El descuido urbanístico llega, según me contaron, al extremo de que se permitió derruir los muros que quedaban en pie de los famosos Estudios Generales, fundados por Alfonso VIII en 1185, que constituyeron la más antigua Universidad de España y una de las primeras de Europa.

Tiene Palencia lo que suele llamarse "un buen comercio". Aún se ven en sus escaparates las mantas fabricadas en la ciudad por la hoy decadente industria de tejidos de lana. Artesanía local no hay mucha, quizá sólo la de los curtidores y guarnicioneros. Hay buenas tascas, como las de la calle que allí se conoce, a semejanza de las que he encontrado en otras ciudades de Castilla —Logroño o Soria—, con el metafórico nombre (que apenas necesita comentario) de La Senda de los Elefantes. Hay un café muy grato, de gusto antiguo, El Palentino, y un delicioso Casino, como en todas las ciudades provincianas, con su sala de billares, su vetusta biblioteca y su "pecera", donde los ancianos se sientan a ver pasar la gente. Se reúnen los amigos asiduamente todas las tardes, aunque a los habitantes de las grandes ciudades pueda parecerles mentira, en las tascas o bares del centro. Se buscan los amigos unos a otros por los locales. "A esta hora, Vicente suele caer por el 'Pub' Erice", un local moderno de la Plaza Mayor. O "Margarita estará, a lo mejor, en Estela", una cafetería que está junto al precioso parque llamado Salón de Isabel II. "A última hora los cogemos a todos en El Zaguán", que es un mesón próximo a la Avenida. "Y si no, ya sabes, en la Parrilla del Jorge". "El Jorge" es, en el lenguaje coloquial palentino, el hotel Jorge Manrique, que es como no podía dejar de llamarse el hotel distinguido de Palencia.

La ciudad, en visperas de lo que se espera que sea su transformación, está vuelta todavía en gran medida a su pasado. "Aquí hay muchos curas y monjas", dice una chica. "Las hay incluso italianas y alemanas, por si no tuviéramos bastantes con las nuestras". Por todas partes hay conventos, como el de las Agustinas Recoletas, donde está la tumba de sor Petronila, la famosa monja que tan influyente fue en la Corte de Felipe III. O el de las Claras, donde dice la leyenda que la Virgen sustituyó a la hermana tornera para que no se notara su ausencia durante el tiempo en que ésta anduvo huida con un caballero de quien estaba enamorada. En esta iglesia de las Claras está el Cristo yacente del poema de Unamuno ("este Cristo de mi tierra es tierra"), una impresionante figura articulada, recubierta, según dicen, de piel de búfalo, y con cabellera humana, en la que la imaginación popular quiso ver durante mucho tiempo a un verdadero cadáver, a quien le crecen las uñas y el pelo. Una mujer vieja que está sentada dentro de una garita de cristal a la entrada de la capilla del Cristo recita en voz de salmodia la leyenda del hallazgo de esta imagen en alta mar por los almirantes de Castilla y su traslado a lomos de una acémila ("que es una caballería, señorito", aclara sin detener su triste cantinela la buena mujer), hasta el lugar que el animal milagrosamente eligió, que fue el convento de las Claras...

Así es Palencia en visperas del cambio. ■
LUIS CARANDELL.